

EL DISCURSO DE HIPOLITO EN LA FEDRA DE SÉNECA Y EL RECHAZO DE LA VRBS

Zelia de Almeida Cardoso (USP)

El análisis del largo monólogo de Hipólito, en el primer episodio de *Fedra* de Séneca, entre los versos 483 y 564, nos lleva a reflexionar sobre un tema frecuente en la poesía greco-latina: la oposición cultura/naturaleza.

La ciudad, con su estructura y su complejidad características, es uno de los principales símbolos de la vida cultural greco-romana. Hay, sin embargo, diferencias políticas entre las ciudades griegas e itálicas: mientras Grecia era constituida por un conjunto de ciudades-estado, cada una con su organización, su jefe y sus leyes, el mundo latino - y más tarde el Imperio Romano - aunque contara con centros significativos, tuvo durante mucho tiempo una sola ciudad de importancia capital, en la cual se concentraban todos los poderes: Roma, la *urbs* eterna.

Ha habido muchas discusiones sobre la pólis griega. Entre los inúmeros estudios sobre sus características, se destaca por la objetividad y el rigor científico *La cité grecque*, de Gustave Glotz¹. Refiriéndose inicialmente a Aristóteles, que definió el hombre como “un animal político” y diferenció distintas etapas en la formación de la ciudad griega, y a Fustel de Coulanges, el autor de *La cité antique*, que buscó la explicación de las instituciones en la religión, Glotz se contrapuso a posiciones asumidas por aquellos autores. Discutió las teorías sobre el origen de la pólis, en cuya formación destacó el concurso de tres fuerzas - la familia, la ciudad y el individuo -, y se detuvo en el análisis de la ciudad democrática y en la explicación de su decadencia. En su trabajo, repite lo que había sido dicho en el volumen I de la *Histoire Grecque*², principalmente en el capítulo IV, siguiendo el desarrollo de la ciudad en Grecia, desde el siglo XIII hasta el IV a.C.

Glotz comprobó sus suposiciones con elementos recogidos de la *Iliada* y de la *Odisea* y también buscó apoyo en las *Helénicas* de Jenofonte, en la *Política* de Aristóteles y en obras de Heródoto, Tucídides, Platón, Polibio y Plutarco³. Basado en esos textos, hizo importantes observaciones sobre la pólis propiamente dicha y demostró que en la ciudad organizada políticamente había un plan de

1- Las indicaciones bibliográficas que se refieren a esta obra corresponden a las de la versión portuguesa: GLOTZ, G. *A cidade grega*. Trad. de H.A. MESQUITA & R.C. LACERDA. S_o Paulo/Rio de Janeiro: Difel, 1980.

2- GLOTZ, Gustave. *Histoire Grecque*. Tome I. Paris: PUF, 1948.

3- *Política*, IV (VII),10,4; *Helénicas*, VII, 5,10; Polibio, IX,8; Heródoto, I,141,163; 146; 153; 170; VII,197; Tucídides, I,2,1; 5,1; 7; 8,3; 10,2; II,15,2; VIII,44; Plutarco, *Teseu*, 24; Platão, *Leis*, IV, 707; 708; V,737; 738.

construcción que determinaba sus propios elementos materiales: la ciudad era construida en una elevación y cercada de murallas con torres y puertas; había casas para los ciudadanos, un templo consagrado al dios protector, un palacio destinado al rey, substituido después por el pritaneo - símbolo de la ciudad -, un *bouleutérion*, donde funcionaba el Consejo, un ágora, o plaza, utilizada como lugar de reunión, de encuentro y de mercado, y los arrabaldes.

Las características de esa pólis, de la cual son ejemplos significativos Atenas, Corinto, Micenas, Esparta, Tebas y tantas otras, pueden ser comprobadas a través de la literatura, de la historia, de la arqueología y de las ruinas que todavía permanecen.

En las ciudades itálicas, aunque la organización política fuera diferente de la de las ciudades griegas, el aspecto material era semejante. Tito Livio⁴, cuando relata la fundación y la construcción de Roma, con base en una tradición histórico-legendaria y alejado del hecho por cerca de seis siglos, habla de los pasos dados por los fundadores en todo el proceso. De acuerdo con sus palabras, hubo un plan, anterior a la construcción, un proyecto. Rómulo y Remo quisieron fundar, en el sitio donde habían sido expuestos y educados, una ciudad que, por su importancia, haría que Alba y Lavinium parecieran pequeñas e insignificantes (Tito Livio I,VI,3). Había existido por lo tanto una predeterminación y la elección del lugar había sido consciente.

En la continuación de la narrativa, Tito Livio se refiere a las murallas que rodeaban la ciudad y habla de la tradición según la cual Remo, para burlarse de su hermano, "había saltado por encima de los nuevos muros" (I,VII,2), lo que causó su muerte. La construcción de las murallas, sabemos, es un paso decisivo en la fundación de una ciudad porque ellas la demarcan y protegen.

Más adelante el historiador se refiere a nuevas fortificaciones hechas por Rómulo en el Palatino (VII,3), al desarrollo de la ciudad, que poco a poco conquistaba su espacio (VIII,4), y al primer templo construido en honor de Júpiter (X,7).

Aunque Tito Livio hubiera empleado elementos legendarios, conservados posiblemente por la tradición oral, los principios de la ciudad no deben haber sido diferentes de lo que el relato nos transmite. La ubicación, elegida quizás por interpretaciones de presagios, fue delimitado y fortificado, como lo prueba la arqueología; fueron construidas cabañas y un templo fue edificado. Es posible que se haya seguido lo que establecía la religión etrusca, adoptada por algunas comunidades itálicas: la celebración de la *inauguratio* (consulta a los dioses), la *limitatio* (demarcación) y la *consacratio* (realización de sacrificios propiciatorios).

Roma nació, por lo tanto, como muchos otros pueblos antiguos, pero pronto empezó a recorrer el largo camino que la llevaría a la condición de metrópolis.

Del primer período de la historia romana quedaron las leyendas y es muy poco lo que se conoce con seguridad. Según A. Piganiol⁵, la propia fecha de la fundación de la ciudad es contestada. Varrón afirma que Roma fue fundada en 753

4- Cf. TITE-LIVE, *Histoire Romaine*. Tome Premier. Introd. e notes de E. LASSERRE. Paris: Garnier, 1944.

5- Apud PIGANIOU, André. *Histoire de Rome*. Paris: PUF, 1954. p. 43-44.

a.C.; Polibio, en 751; Fabio Píctor, en 747. Según la información de E. Lasserre (*Tite-Live*, 1944, p.346, n.21), sin embargo, las excavaciones hechas en 1907 comprobaron en la región del Palatino y del Aventino la existencia de vestigios culturales del siglo IX, alejándose, pues, la fecha tradicional, en cerca de un siglo.

Naciendo como un pueblo pobre, cerca del Tiber, fundada por pastores albanos o, de acuerdo con otras hipótesis, por etruscos, Roma creció rápidamente en los primeros siglos - en la "época de los reyes" -, ofreció cobijo a trásfugas de diferentes proveniencias, que vinieron de las regiones vecinas, y se transformó en un centro comercial, gracias a su excelente posición estratégica y a las relaciones mantenidas con Etruria⁶. Guerras entabladas con sabinos, equos y volscos ampliaron rápidamente el territorio romano y aseguraron el poder que, en la mitad del siglo VI a.C., pasó de las manos de los reyes a las de pretores y cónsules elegidos. La república fue formada, como consecuencia. La ciudad, por esa época, ya podía ser considerada como un centro importante. Las casas, bien construidas, eran confortables, la actividad del puerto era intensa, existían numerosos talleres industriales y el comercio se desarrollaba de forma satisfactoria.

Hasta el principio del siglo IV, sin embargo, aunque hubiera obtenido muchas victorias sobre los pueblos itálicos, Roma no estaba suficientemente fortificada. La invasión de los gauleses, en 390, el saqueo, la matanza del ejército y la destrucción de gran parte del territorio urbano demostraron su debilidad ante un enemigo poderoso. Pero Roma consiguió sobrevivir para su propia reconstrucción y se preparó para la función que tuvo, desde ese momento, en el escenario histórico, venciendo los samnitas, empezando la conquista de la Magna Grecia, obteniendo ventajas en tratados firmados con los gauleses y transformándose en la potencia mediterránea que vencería los cartagineses, conquistaría Sardeña y Córscica, se apoderaría de las dos márgenes del Adriático, obtendría la supremacía militar y económica, extendería su dominio hasta Hispania, llegaría hasta Asia, agregaría Macedonia, liberraría las ciudades griegas y dominaría, más tarde, el norte de Africa, el Ponto, Siria, Judea, Galia, parte de Germania y de Britania y Dacia⁷.

Leonardo Benévolo, en su *História da cidade*⁸, demuestra que la transformación de Roma, de pueblo sin importancia en una *Vrbs* grandiosa, resultó en profundas modificaciones en todo el territorio por ella dominado: se construyeron carreteras, puentes, acueductos, líneas fortificadas; los edificios urbanos se multiplicaron y la ciudad se hizo imponente y grandiosa.

Algunas fechas importantes señalan ese desarrollo: en 484, por ejemplo, fue inaugurado el templo de Cástor y Pólux; en 329, el Circo Máximo; en 312, el primer acueducto; en 221, el Circo Flaminio; en 192, el mercado del Tiber; en 179, la basílica Porcia; en 149, el pórtico de Metelo; en 55, el teatro de Pompeyo. En la época de Julio César fue ampliado el Foro Romano; en la de Augusto se urbanizó el Campo de Marte y se construyeron el teatro de Marcelo, el templo de Apolo, con sus bibliotecas, las termas, el panteón, el mausoleo del Empe-

6- Cf. GUERRERO, Guglielmo. *Nouvelle Histoire Romaine*. Paris: Hachette, 1936. p. 10 seqs.

7- Cf. GRIMAL, P. *A civilização romana*. Trad. de I. ST. AUBYN. Lisboa: 70, 1988. Cap. II.

8- BENEVOLO, Leonardo. *Historia da cidade*. Trad. de S. MAZZA. S. Paulo: Perspectiva, 1983. p. 133.

rador, el Ara Pacis.

Los poetas de ese período reconocen la grandiosidad de la *Vrbs*. “Esta ciudad levantó su cabeza entre las otras, tanto cuanto los cipreses suelen levantarla entre las gramíneas flexibles”, dice el pastor de Virgilio, dirigiéndose al compañero (*Buc.*I,24-5); según Propercio, Roma de las siete colinas es “la ciudad altiva que comanda el mundo” (*Prop.*III,xi,57); “La *urbs* corresponde al orbe”, afirma Ovidio, con énfasis (*Ov.*F.II,683-84); “A los otros pueblos se les concedió una parte especial de la tierra. Para los romanos el espacio de la ciudad coincide con el espacio del universo”.

Los Emperadores posteriores a Augusto se encargaron de continuar su trabajo, dando a Roma la fisonomía que presentaba en el momento de su apogeo. Nerón hizo construir la Domus Aurea, descrita por Tácito (*Ann.* XV, 43); Vespasiano, el Coliseo y el foro de la Paz; Trajano, el foro Trajano, las termas de Trajano, la casa de las Vestales, la columna de Trajano.

La calidad de vida, sin embargo, por lo menos para la mayoría de la población, no estaba de acuerdo con la grandiosidad de los monumentos, la belleza de los edificios y el esplendor olardeado. Superpoblada, como la describe J. Carcopino, basándose en Juvenal, Aulo Gelio y Elio Aristides⁹, con sus barrios populares y miserables, sus calles estrechas y oscuras, sus casas de cuartos que acogían a centenas y centenas de personas y se desmoronaban o se incendiaban constantemente, Roma era semejante a muchas de las ciudades modernas, con los mismos problemas y la misma dificultad de solucionarlos. Por otro lado, la decadencia de las costumbres crecía cada día, confirmando que la moral no mide sus pasos por los del progreso.

Es posible que esos motivos hayan pesado en la elección de temas por poetas romanos que, aunque se sintieran vanidosos con la grandiosidad de la *Vrbs*, colaborando, como ocurrió en la época de Augusto, con la política publicitaria del Emperador, desarrollada por Mecenas¹⁰, muchas veces enaltecieron el campo en detrimento de la ciudad.

La valoración de la vida sencilla, en contacto con la naturaleza, es uno de los *tópoi* de la poesía griega. Hesíodo, en *Los trabajos y los días*, había comentado que la labor campestre es una forma de la “buena lucha” que se opone a la “lucha mala”, representada por las guerras. La poesía pastoril alejandrina, minuciosamente estudiada por Ph. Legrand¹¹, consideraba la naturaleza como algo pacífico e idílico, como un refugio tranquilo, donde el sonido armonioso producido por insectos y cascadas substituye los ruidos desagradables de los coches y de los herreros de la ciudad.

9- JUVENAL, *Sat III*, 190 seqs; AULO GÉLIO XV, I, 9; ÉLIO ARISTIDES, *Or.* XIV, 1. Apud CARCOPINO, Jérôme. *Roma no apogeu do Império*. Trad. E. FEIST. São Paulo: Companhia das Letras/Círculo do Livro, 1990. Primeira parte. Cap. II.

10- En la época de Augusto, la protección al artista, iniciada por Polión, se amplía con la que Mecenas ofreció a los poetas que propagasen la gloria de Roma y los hechos del Emperador, dándoles recompensas valiosas. Así, aunque la grandesa de la *Vrbs* pudiera tocar la sensibilidad del autor (Cf. AYMARD, A. & AUBOYER, J. *Roma e seu Império*. Vol. II. S_o Pau/Rio de Janeiro: DIFEL, 1976. p. 158-159), la “protección” de Mecenas fue decisiva para la posición de Virgilio, Horacio y Propercio (Cf. DOURADO, M. *Mecenas ou o suborno da inteligência*. Rio de Janeiro: Pon, 1947. p. 54 seqs.).

11- Cf. LEGRAND, Ph. *La poésie alexandrine*. Paris: Payot, 1924. p. 87 seqs.

En Roma, discurriendo sobre los principios de la civilización, Lucrecio hablaba de la vida calma de los primeros hombres y de la fundación de las ciudades. Con éstas, según el poeta, empezó una serie de hechos que llevarían a los seres humanos hacia la prepotencia, la discriminación, la ambición y las guerras:

Los propios reyes empezaron a fundar las ciudades y a construir fortalezas como protección y refugio y dividieron el ganado y los campos y los dieron de acuerdo con la apariencia de cada uno, la fuerza y el talento, pues la apariencia valía mucho y la fuerza prevalecía (RN,V,1108-12)¹².

Virgilio, en sus *Geólicas*, hizo elogios a los agricultores que ignoraban el lujo de los grandes centros, la industrialización y las aglomeraciones y ruidos del pueblo y, por eso, vivían felices¹³. Horacio, en diversos momentos de su obra¹⁴, confrontó la ciudad con el campo, destacando siempre la supremacía del último. Tibulo abominó la ambición y la vida lujosa, acentuando la importancia de la sencillez y de la naturaleza que se mezclan con el amor¹⁵. El mismo Propercio, poeta "ciudadano", empleó por veces el conocido *tópos*¹⁶.

Ninguno de ellos, sin embargo, tuvo la virulencia de Séneca que, en su *Fedra*, por intermedio de Hipólito, condenó violentamente la ciudad, haciendo referencias, probablemente, a lo que ocurría en Roma.

El monólogo condenatorio, sobre el que nos detendremos un momento, se encuentra en el Acto I de la tragedia. La nodriza de Fedra, incapacitada de disuadirla de su pasión desatinada y deseando sobre todo salvar su vida en peligro, después de hablar largamente sobre la juventud y el amor, insiste con el príncipe ateniense para que abandone las florestas, se entregue a los placeres de Venus y se una a los jóvenes que aman las facilidades de la vida urbana:

Frecuenta la ciudad, busca la compañía de tus conciudadanos (*Phae*.482)¹⁷.

Es el punto de partida para la respuesta vehemente y apasionada del joven. Si los poetas anteriores, como Virgilio y Horacio, habían hecho la oposición entre la vida en la ciudad y en el campo, Hipólito la compara con el carácter primitivo de la vida salvaje:

Ninguna otra vida, que cultive las costumbres antiguas, es más libre y más exenta de vicios que aquella que, después de abandonar los muros de las ciudades, se alegra en las florestas (483-5)¹⁸.

A continuación, en una serie de oraciones negativas que se unen para producir un bello efecto retórico y recuerdan a Horacio y a Propercio¹⁹, señala lo que no ocurre con quienes viven tal vida:

El despropósito de un espíritu ambicioso no inflama aquel que, sin culpas, se consagró a las cumbres de las montañas; ni la aclamación del pueblo, ni la multi-

12- *Condere coeperunt urbis arcemque locare/ praesidium reges ipsi perflugiumque,/ et pecua atque agros diuisere atque dedere/ pro facie cuiusque et uiribus ingenioque;/ nam facies multum ualuit uiresque uigebant.*

13- Cf. *Georg.* II,448-540.

14- Cf. *Hor. Od.* II,15; *Sat.* II,vi; *Ep.* I,10.

15- Cf. *Tib.* I,i; II,iii; iv.

16- Cf. *Prop.* III,xiii,25-46.

17- *Vrbem frequenta, ciuium coetum cole* (*Phae*.482).

18- *Non alia magis est libera et uitio carens/ ritusque melius uita quae priscos colat/ quam quae relictis moenibus siluas amat.*

19- *Prop.* III,ii,11-14 e *Hor. Od.*I,xv; II, xvi.

tud que no se merece la confianza de los hombres de buenos principios, ni el odio perjudicial, ni los frágiles favores. El no es esclavo del reino ni, sobreponiéndose al reino, persigue los honores vanos y las riquezas efímeras; como está exento de esperanzas y de miedo, la negra envidia voraz no lo muerde con sus dientes degenerados; él no conoce los crímenes nacidos entre el pueblo y las ciudades, no teme, como los culpables, los gritos de la multitud y no dice palabras mentirosas; no busca refugiarse bajo mil columnas, como los pródigos, y no exhibe, arrogante, vigas suspensas de puro oro; sangre abundante no inunda sus altares santos ni una centena de blancos bueyes, salpicados con harina sagrada, les ofrecen sus cuellos.(486-500)²⁰.

Después de estas palabras, inflamadas y cargadas de pasión, Hipólito recuerda las delicias que esperan a los que viven en la selva: la libertad, los espacios abiertos, el cielo, las cacerías, el agua fresca de los ríos, el canto de los pájaros, las sombras de los árboles, el temblor de los fresnos, las flores, los frutos. Sin embargo, a veces habla de los que pasan su vida en palacios (501-539):

Beben, orgullosos, en copas de oro llenas de inquietaciones (518-9)²¹.

Sus palabras lo llevan a recordar la Edad de Oro, la época en la cual no existían ambiciones, propiedades particulares, barcos, murallas y soldados; la tierra no soportaba el peso del arado, los campos alimentaban las naciones y las florestas ofrecían espontáneamente todas sus riquezas. Séneca retoma un tema ya tratado por Virgilio, Horacio, Tibulo, Ovidio y tantos otros²².

El monólogo de Hipólito llega a su fin. El recuerdo de la Edad de Oro lo pone de cara a la realidad. Él habla entonces del pacto roto por el *impius lucri furor* (540) - la impia locura de la ganancia - y por la *sitis cruenta* (542-3) - la sed de sangre. Fue en ese momento que la guerra nació y que nacieron las armas: *el belicoso Marte inventó nuevas artes y mil formas de muerte* (550-1)²³.

Al lado de la locura guerrera, que ensangrentó la tierra, nacieron y se desarrollaron los crímenes más terribles: el hermano es muerto por el hermano, el padre por el hijo, el marido por la esposa, los hijos por las madres. El poeta explota el *scelus nefas*, sobre lo cual F. Dupont²⁴ hizo observaciones importantes, pero el exégeta, en su análisis del texto, quizás vea en las palabras de Hipólito las referencias directas a lo que pasaba en Roma, la ciudad de Séneca y de Nerón: Claudio y Británico asesinados por orden del Emperador y de Agripina, la fuerza de la madrastra, la infamia alcanzada por el poder femenino.

“Quien es responsable por todos esos males es la mujer”, dice Hipólito en un aparente acceso de misoginia que caracteriza el personaje mítico y disfraza la de-

20- *Non illum auaræ mentis inflammat furor/qui se dicauit montium insontem iugis,/non aura populî et uulguis infidum bonis,/non pestilens inuidia, non fragilis fauor,/non ille regno seruit aut regno imminens/uanos honores sequitur aut fluxas opes,/spei metusque liber, haud illum niger/edaxque liuor dente degeneri petit;/nec scelera populos inter atque urbes sata/nouit nec omnes conscius strepitus pauet/aut uerba fingit;/mille non quaerit tegi/diues columnis nec trabes multo insolens/suffigit auro; non cruor largus pias/ inun-dat aras, fruge nec sparsi sacra/centena niuei colla summittunt boues*

21- ... *sollicito bibunt/ auro superbi* ...

22- El mito de la Edad de Oro, explorado por Hesíodo en *Los trabajos y los días*, fue también desarrollado por Virgilio (*Buc.*IV), Horacio (*Ep.*XVI), Tibulo (I,iii) y Ovidio (*Met.*I, 89-150).

23- *Inuenit artes bellicus Mauors nouas/ et mille formas mortis* .

24. Cf. DUPONT, Florence. *Le théâtre latin*. Paris: Colin, 1988. p. 69. La escritora considera el *scelus nefas*, el crimen terrible practicado por personajes trágicos, como algo que decurre del furor que los domina y se alimenta del dolor que los castiga, matando la moral que existe en ellos.

nuncia. “Esa autora de crímenes se apoderó de los espíritus: tantas ciudades se inflaman por sus adulterios odiosos, tantos pueblos hacen guerras, tantos reinos, revueltos en sus profundidades, aplastan a las personas” (559-62)²⁵.

Saliendo de la ciudad y pasando por la tranquilidad de las florestas, el discurso de Hipólito vuelve a la ciudad para allí encontrar un mundo de horrores. El viejo mito parece espejarse en una realidad violenta y terrible. Los crímenes ocurridos en Roma son tan temibles como los que las antiguas leyendas relatan. Ante la torpeza de la civilización y la crueldad del “mundo de cultura”, la salvajería de la vida primitiva se presenta como una elección utópica.

Por revelar los crímenes cometidos en consecuencia del agravamiento de los sentimientos, alimentados por las facilidades de la riqueza urbana, Hipólito actúa como el heraldo de Séneca que compuso, en la tragedia, una metáfora ejemplar: en Roma, la ciudad eterna, el camino se abre para el triunfo de las pasiones que ocasionan catástrofes irreversibles; la vida ideal, la felicidad, la tranquilidad y la paz están, al contrario, según los modelos estoicos, en la identificación con lo que es natural, en la sencillez, en el equilibrio, en la sobriedad, en la moderación y en el dominio de las pasiones. Rechazar la ciudad es lo mismo que detestar sus males e integrarse en el cuerpo universal cuya alma es el soplo ígneo que ordena la naturaleza, dándole el necesario equilibrio.

25- *Sed dux malorum femina: haec scelerum artifex/ obsedit animos, huius infestis stupris/ fumant tot urbes, bella tot gentes gerunt/ et uersa ab imo regna tot populos premunt.*